



el tlacuache

S U P L E M E N T O C U L T U R A L

Ganador del Reconocimiento al Mérito Estatal de Investigación 2014 en la Subcategoría de Divulgación y Vinculación

Cartografiar del espacio y la cultura. El valor antropológico de los mapas virreinales

Lic. Carlos Raúl Granados Robles

La costumbre de cartografiar el espacio en nuestra sociedad, es una actividad que ha sido practicada por diferentes pueblos y culturas desde tiempos muy remotos, así es como la Pintura Mural de Anatolia aproximadamente del 7000 a. C., la pintura minoica La Casa del Almirante del 1600 a. C., o el Mapa Grabado de la Ciudad de Babilonia del 1500 a. C., son algunos ejemplos de los mapas más antiguos que se conocen; Por otro lado, con respecto a nuestro territorio, en códices mixtecos precoloniales como el Nuttall, el Bodley y el Vindobonensis, aparecen representaciones de ámbitos geográficos mesoamericanos y también existen testimonios como los del cronista Pedro Mártir de Anglería, de Hernán Cortes y Bernal Díaz del Castillo sobre mapas prehispánicos elaborados por los indígenas antes de su llegada.

En el año de 1492, el descubrimiento del continente americano marcó el desuso del mapa mundial más aceptado en Europa hasta ese momento llamado la Manzana Terrestre de Martin Behaim: la nueva incorporación de un continente a las tierras conocidas por el hombre occidental, trajo consigo el inicio de un boom cartográfico en el que la elaboración de mapas se convirtió en una práctica dominante, heredada al nuevo mundo e incluso impuesta a las sociedades indígenas autóctonas, al tiempo que de acuerdo al historiador francés Sergei Gruzinski, “la iglesia trasladó a sus misioneros quienes difundieron el cristianismo erigiendo por doquier parroquias y diócesis”. La Corona Española dividió en virreinos el territorio “conquistado”, estableció tribunales, instaló una burocracia a escala continental e “hizo surgir ciudades”.

Poco se ha dicho que el Virreinato de la Nueva España fue un conjunto de ocho reinos comprendidos por la Nueva España (fundada en 1521), Nueva Galicia (1530), Guatemala (1540), Nueva Vizcaya (1562), Nuevo Reino de León (1569), Nuevo México (1598), Nueva Extremadura (1674) y Nuevo Santander (1746), más dos señoríos: el de mayor importancia, el marquesado del Valle de Oaxaca, propiedad de Hernán Cortes y sus descendientes, y el de las capitanías de Filipinas (1574), Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo. Estas cuatro últimas, fundadas dentro del periodo de 1496 a 1514, fue un gran territorio, mucho más grande de lo que es ahora la República Mexicana y que ocupó una parte importante del continente americano, extendiéndose desde la mitad sur del actual territorio de Estados Unidos hasta Centro América. Como

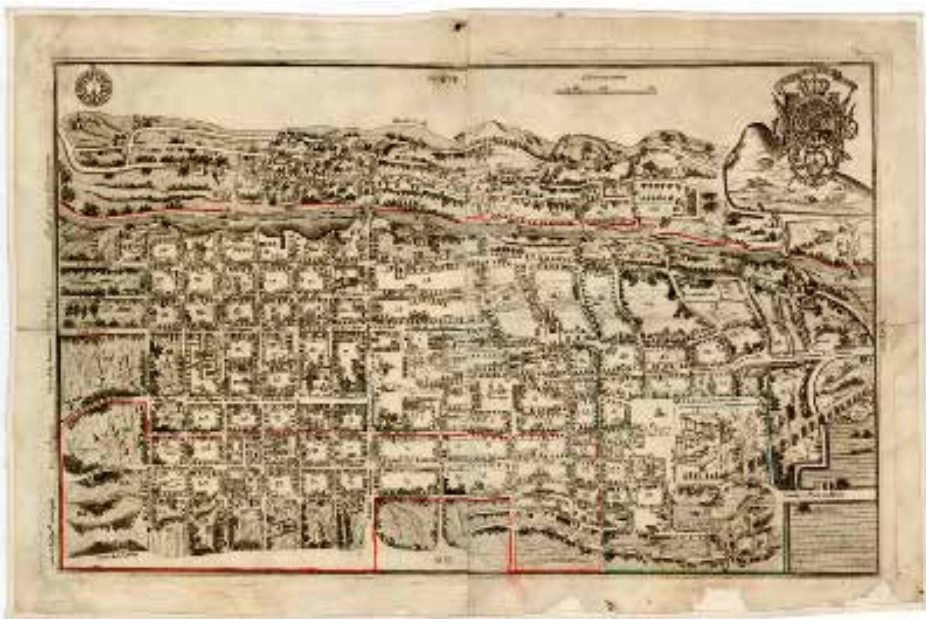


podemos ver de acuerdo al año fundacional de sus diferentes reinos, se pueden descubrir algunas rutas de migración etnológicas y los diversos desplazamientos de los pueblos indígenas que habitaron esos territorios, además del estudio del proceso de apropiación y colonización del espacio novohispano durante su periodo de configuración de 1521 a 1746, mediante el rastreo de sus mapas virreinales en sus más de dos siglos de existencia.

Las directrices fronterizas novohispanas del espacio, como expresión de su geopolítica, pueden quedar al descubierto si miramos los mapas desde una perspectiva antropológica de la cultura cartográfica: para el cartógrafo y filólogo alemán Karl Schlogel, con los mapas se “pueden hacer visibles pasados, reproducir y esbozar un futuro” y éstos pueden arrojar datos al ser revisados como “topografías de la violencia” en las que podríamos rastrear el exterminio de la cultura de los indígenas y la hostilidad de los blancos, la forma en la que éstos últimos fueron penetrando hacia el norte y colonizando territorios, ya que para él, al fin y al cabo el espacio construido y cartografiado suele estar relacionado a “mecanismos de inclusión y exclusión”.

La sociedad novohispana desarrolló ampliamente la costumbre de cartografiar el terreno, por lo que es muy interesante mirar su forma de adueñarse de éste a través de la imposición de su concepción espacial y ver de qué manera utilizó su cartografía como una herramienta de control u ordenamiento social de los grupos étnicos colonizados. No obstante cabe señalar, que la sociedad eclesiástica novohispana tuvo un papel muy importante en esta labor, ya que para el historiador estadounidense James Lockhart, después de la “conquista española”, “quizá el conjunto más importante y accesible de documentos oficiales fue el que produjeron los frailes mendicantes de México”.

Diversos son los tipos de mapas virreinales de la Nueva España, algunos fueron efectuados por encargo del gobierno español, otros por estudiosos como el gran científico Alexander Von Humbolt o por pintores



a sueldo como el Indio Miguel o Bernardo de Miera y Pacheco. Si bien actualmente no existe una colección o trabajo que haya recopilado la totalidad de los mapas producidos durante el periodo del Virreinato de la Nueva España en su territorio, tal vez por la diversidad de lugares en los que están esparcidos, existen algunos investigadores que están abordando y estudiando algunos de estos mapas desde diversas perspectivas teórico-antropológicas, para la académica e investigadora de la Universidad de Boston, Stephanie Wood, contienen “información histórica de algún tipo” que a menudo representan historias genealógicas y cartográficas o verdaderos annales históricos, e incluso algunos contienen imágenes de las actividades de los españoles durante y después de la conquista, y que además, existen colecciones importantes en Estados Unidos que preservan registros pictóricos coloniales y precoloniales que incluso han sido publicados casi en su totalidad en “maravillosas ediciones facsimilares”.

En los mapas virreinales podemos leer parte de la historia de nuestras raíces indígenas. Hugo Gaggiotti menciona en su libro, *El espacio urbano como mediador de identidades*, que “una antropología de los espacios compartidos, no deja de ser un estudio de experiencias de vida”, sin embargo, la historiadora Dana A. Levín Rojo menciona que no es bueno asumir la verosimilitud de los mapas como tales, ya que “asumir que la precisión de las mediciones y la amplitud del radio comprendido en una representación visual del espacio” son “tan importantes para toda la humanidad como lo son para el occidente moderno es incurrir en un anacronismo y también en una perspectiva etnocéntrica”, aclarando que en la Europa Renacentista los mapas se llamaban también simplemente pinturas o descripciones que con frecuencia, “eran más importantes como imágenes que evocaban al mundo”, que como “representaciones objetivas de éste” y es en este sentido que son interesantes para la antropología también, no por la información que brindan sino por las prácticas que revelan, y en cierto modo por la finalidad que tienen y la clase de tarea que han cumplido en la cultura de nuestros pueblos.

Para Dana A. Levin, un mapa del Reino de Nuevo México hoy resguardado en el Museo Nacional del Virreinato, enmarcado como una pintura y en donde el pintor Miera y Pacheco incluye elementos “físicos y humanos”, leyendas que describen la situación política, la amenaza de invasión francesa e inglesa, recursos, población indígena y sus “relaciones con los europeos o el estado de las misiones”, también nos habla de la concepción cultural que los españoles tenían sobre los grupos humanos de la región, proyectando un “discurso etnológico” interesante, de manera que para esta investigadora los mapas virreinales también “evocan significados complejos que van más allá de la simple información física”. La historia de los mapas virreinales es fascinante, el Mapa de San Miguel, el cual de acuerdo a la maestra Mónica Patricia Alfaro Reynoso, es una representación del llamado Gran Tunal en el siglo XVI, “que retrata dicha zona en el momento del proceso de la construcción histórica de las identidades en ese territorio”, y en el cual se ilustra el Valle de San Francisco y aparecen los pueblos de San Miguel de los Chichimecas conocido ahora como San Miguel de Allende y San Felipe Torres Mochas, fue elaborado en plena guerra chichimeca por encargo de los reyes de España, “como una forma de conocer sus riquezas territoriales y sus recursos naturales”, que junto con los mapas del Indio Miguel y de Bernardo de Miera y Pacheco son ejemplo de lo valiosos que son éstos para el estudio de la cultura y la iconografía novohispana.

El científico alemán Alexander Von Humboldt realizó algunos de los mapas más exactos del territorio virreinal. En 1811 publicó su libro titulado *Atlas Geográfico y físico del virreinato de la Nueva España*, revolucionando en el medio científico. Él fue uno de los últimos cartógrafos que retrataron el extenso territorio del Virreinato de la Nueva España: su



obra es majestuosa y muy respetada actualmente por investigadores de diversas disciplinas; para Karl Schlogel fue un “adelantado de la Etnología y la Antropología”, mientras que para el académico Jaime Labastida realizó mapas “de una precisión y un rigor tales, que aún hoy nos causan asombro”. Estos mapas poseen una característica especial, puesto que sirven para establecer escalas y comparaciones universales, causa por la que a decir del filólogo, han sido llamados isomapas, o sea mapas en los que se vacía una información congruente y que guarda la mayor semejanza entre sí, por lo que la revisión de los mapas de Humboldt se hace más necesaria antropológicamente, tomando en cuenta su gran trabajo, los datos etnológicos que arrojó, sus aportes a la cartografía novohispana, así como sus trabajos de observación de las poblaciones de monos, la cual realizó al tiempo que estudiaba las relaciones de los misioneros y “extractaba sobre el terreno documentos de civilizaciones precolombinas”.

Si bien la gran multiculturalidad histórica de todo el vasto territorio que fue el Virreinato de la Nueva España, no puede ser abarcado en su totalidad con el estudio de los mapas virreinales, sí son herramientas importantes para esa labor, que han cumplido la importante tarea de ordenar y controlar el espacio sociocultural. Circunstancia que los hacen fácilmente analizables cuando los sacamos de su contexto y los estudiamos desde diversas perspectivas antropológicas, con la ayuda de diversas herramientas multidisciplinarias como lo pueden ser los estudios culturales, iconográficos, arqueológicos o históricos. Estos nos pueden brindar datos no solamente de cómo vivían los peninsulares y mestizos en la sociedad novohispana, sino de cómo fue la interacción y el choque etnológico que se dio en esta cotidianeidad con los indígenas en el proceso de imposición de fronteras y concepciones espaciales que chocaban con las formas de vida autóctonas. Para Schlogel, los mapas son “mucho más” que “meros recursos auxiliares para los historiadores”, “los mapas son réplicas de poder, e instrumentos de poder” y “cada época tiene su imagen de qué es un mapa”, haciéndose así interesante reflexionar sobre las diversas finalidades que tuvieron para los diferentes grupos humanos y sus procesos de uso.

En conclusión podemos decir que los mapas virreinales son objetos, herramientas, reconstrucciones de la realidad a la vez que testimonios arqueológicos de la concepción del mundo. Son de interés casi generalizado, ya que la principal enseñanza que éstos nos brindan es que la concepción del espacio siempre está cambiando, afectando directamente la forma de vivir de los diferentes grupos sociales que han compartido y comparten el espacio. Finalmente, estas formas de vivir y concebir el espacio, han quedado retratadas en nuestra memoria y siguen siendo vigentes en algunos aspectos de nuestra cultura como determinadas tradiciones, e identidades culturales muy arraigadas en diferentes regiones del país.

Para saber más: Danna A. Levin Rojo, *La cartografía novohispana como discurso histórico*. El mapa de Nuevo México de Bernardo de Miera y Pacheco y el mapa del indio Miguel, en Saúl Jerónimo, Dana Levin y Columba Domínguez, coords. *Horizontes y códigos culturales de la historiografía*, México: UAM-A, 2008.

James Lockhart, *Los nahuas después de la conquista*, Historia social y cultural de la población indígena del México Central, Siglos XVI - XVIII, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1992.

Karl Schlogel, *En el espacio leemos el tiempo*, sobre historia de la civilización y geopolítica, Madrid, Biblioteca de Ensayo Ediciones Siruela, 2007.



La sal. Prestigio, comercio y alimentación de Mesoamérica

Arqlga. Ivonne E. Giles Flores

Desde las primeras sociedades existió la necesidad del consumo de la sal, se utilizó como un recurso estratégico y una mercancía de intercambio clave a lo largo del mundo antiguo. Ello estimuló la demanda, ya que era usada como remedio, curación de heridas en personas y animales, para cocinar, así como en la conservación de carnes y pescados, para el trabajo en la fundición del oro, para curtir pieles, como fijador de pigmentos, y también como parte de ritos y ceremonias religiosas.

El interés por la investigación de la ruta de comercio de la sal entre Guerrero y Morelos radica en que no solamente se utilizó como un bien de consumo, sino que también fue utilizada como un bien de prestigio entre los antiguos pobladores mesoamericanos. Por otro lado no hay que olvidar que el consumo de la sal significó un gran complemento en la alimentación.

Tener el control sobre la producción y distribución llegó a ser un objetivo primordial para el ser humano desde tiempos remotos, motivo por el que gobernantes y señores buscaron mecanismos para el control y comercialización de este codiciado recurso. Así como el comercio de diversas mercancías como cerámica, obsidiana, concha, junto con la sal fue que se abrieron grandes y extensas rutas de intercambio, las que fueron utilizadas por los mercaderes, atravesando así muchos pueblos y ciudades (Villalobos et.al 2003).

Primeras evidencias en Mesoamérica

Los primeros datos relativos a la explotación y comercio de la sal se remonta a los Olmecas que se ocuparon de la extracción de sal y el comercio a lo largo de la costa del Golfo durante el periodo formativo. Hacia 1200 a.C. los comerciantes Olmecas penetraron desde el Golfo de México hasta la tierras altas y la costa Pacífica de Guatemala, Oaxaca, hasta el centro de México, en su búsqueda de sal y otros varios recursos estratégicos tales como obsidiana, jade, serpentina, minerales de hierro, basalto, cacao, conchas marinas, pieles de animales y plumas de aves exóticas. Para este mismo periodo en Oaxaca la producción de sal estaba restringida a solo algunas aldeas cercanas a los manantiales salinos. Quizá la producción de sal por hervido de aguas de manantiales salobres en ollas de cerámica fue la práctica común y más especializada para el preclásico (Williams 2008: 41)

Tanto la sal como las salinas eran importantes para la supervivencia de los pueblos mesoamericanos ya que algunas guerras estallaron por su posesión y control. Por ejemplo el sitio maya de Emal, el depósito mas rico de la costa de Yucatán, este sitio fue fortificado para protegerlo de diversas invasiones enemigas. En otros pueblos mesoamericanos la sal y otras mercancías fueron empleadas como una poderosa herramienta política, económica – social (Williams 2008: 41).

Los tarascos del occidente de México expandieron su imperio desde su territorio original en el centro de Michoacán hacia las cuencas de los lagos de Cuitzeo, y de Sayula, ambos al oeste, y la costa del Pacífico de Michoacán y Colima para asegurarse de muchos recursos estratégicos



tales como la sal, obsidiana, cobre, oro y plata, de los cuales carecían en el corazón del imperio (Williams 2008: 42).

Las fuentes históricas

El código mendocino nos muestra que existieron varios lugares que tributaban sal elaborada en varios lugares, obteniéndose probablemente de manantiales de agua salada. Como la provincia tributaria encabezada por Ocuilan y que incluía a Tenanzinco, Tecualoya, Tonatiuhco y Coatepec, quienes pagaban como tributo dos mil panes de sal, aunque no se cuenta con referencias si esta sal la producían o la adquirían; sabemos que cuando menos en Ixtapan de la Sal fue un pueblo que se dedicó básicamente a la extracción de la sal, pues según se registra en el mismo código, que ésta era muy refinada y era un producto exclusivo de los señores de Tenochtitlán.

Con respecto a lo anterior la Relación geográfica del pueblo de Alahuiztlan y su comarca, se afirma que se hace sal, aunque poca: “está [a] diez leguas destas minas. En el pueblo de Iztapa y Tonatiuhco, que está [a] siete leguas destas minas, se hacen unos canutos grandes de sal blanca, y muy buena para comer, y es en poca cantidad” (Acuña 1986:130).

Como dato interesante para uno de los sitios mas importantes del Epiclásico en el Estado de Morelos, Xochicalco, se presume que parte de la sal que se consumía en la ciudad provenía de la zona de Tonatico ubicado en el estado de México y otra parte la traían de la costa del pacífico, junto con otras mercancías, como por ejemplo la concha (Garza, comunicación personal).

Como parte de los tributos que debían de entregar los diferentes pueblos a los mexicas, se puede ver en la Matrícula de tributos que la sal era traída de tierra caliente y que era guardada en almacenes a los que se denominan como trojes o alhóndigas

“Había también otras trojes en que se guardaban todos los géneros de bledos y semillas; había otras trojes en que se guardaban la sal gruesa por moler, que la traían por tributo de tierra caliente; también había otras trojes en que se guardaban fardos de chile y pepitas de calabazas de dos géneros, unas medianas y otras mayores” (Sahagún 87).

Asimismo, se puede observar que el intercambio no solamente se daba a nivel local, sino que las rutas de intercambio eran de grandes dimensiones, como por ejemplo la que se trazó desde área maya hasta el Estado de Morelos, de esta forma tenían un gran control sobre el flujo de las mercancías que se intercambiaban, que se tributaban o bien que



eran utilizadas en la entrega de regalos.

Se puede decir que las redes de intercambio se encuentran sujetas a los grupos de poder o de la élite, en donde ellos aseguran el abasto de bienes de consumo, así como la producción o explotación de los recursos naturales como la sal.

Así que, la sal no sólo se utilizó como un bien de consumo, sino que también tuvo otro tipo de uso, como dote matrimonial, como se observa en el siguiente párrafo:

“Veis aquí cinco mantas que os da vuestro marido, para que con ellas tratéis en el mercado, y con ellas compréis el chilli, y la sal, y las teas, y la leña con que habéis de guisar la comida. Esta es la costumbre que dejaron los viejos y viejas; trabajad, hija, y haced vuestro oficio mujeril sola, ninguno os ha de ayudar; ya nos vamos. Sed bienaventurada y próspera como deseamos” (Sahagún 46).

Es interesante observar que un solo producto pueda ser tan importante en la vida cotidiana de las personas: los tarascos también exportaban algunas mercancías, especialmente productos lacustres, de la cuenca hacia otras partes del reino. Los pescados secados al sol y salados o curados con chile pasaron del mercado local a las zonas en donde podrían ser intercambiados por otros productos, como el maíz, el amarantho, el frijol y los chiles (Rodríguez 2007: 5).

Obtención

La sal se obtenía de lagos salados, manantiales y en estuarios. Motolinía al respecto menciona que “Hay también fuentes de sal viva, que es cosa de ver los manantiales blancos que están siempre haciendo unas venas muy blancas, que sacada el agua y echadas en unas eras pequeñas y encaladas y dándole el sol, en breve se vuelven en sal” (Motolinía).

Con base en todo lo anterior podemos señalar que los métodos em-



pleados en la extracción de sal durante la época prehispánica consistía en hervir la salmuera; filtrado de salmuera a través de tierras cargadas de sal y por evaporación solar, este tipo de técnicas se podían llevar a cabo en combinación o bien, aplicando solamente un proceso. A nivel arqueológico es muy difícil de encontrar evidencias claras, pero uno de los principales indicadores es la cerámica. Esta presenta un tipo específico como son cazuelas y ollas de boca ancha y no muy grande. También podemos encontrar estanques de evaporación que son hechos a poca profundidad, hechos de arena y cal. También encontramos canales que conducían el agua del manantial hacia los estanques. Otra de las evidencias que podemos encontrar son montículos o acumulaciones del desecho que se produce para la obtención de la sal.

Con base en lo anterior se puede decir que desde épocas muy tempranas la sal ha jugado un papel muy importante, ya sea desde su producción, o como producto de prestigio, y de intercambio, los cuales significaron el crecimiento y expansión del comercio entre los antiguos pobladores mesoamericanos. Por otro lado no hay que olvidar que el consumo de la sal significó un componente clave y un avance en la alimentación y las técnicas de conservación.

Además, no hay que olvidar que el conocimiento de los artesanos se fue transmitiendo de generación en generación. De esta manera la destreza del productor y la tecnología han sobrevivido a lo largo del tiempo.

Para consultar:

Acuña, Rene (ed.). 1982. Relaciones geográficas del siglo XVI, Centro de México. Serie Antropológicas, 45 México. IIA – UNAM.

Motolinía, Fray Toribio de Benavente; Historia de los indios de la Nueva España, 2014, Editorial Porrúa.

Sahagún, Fray Bernardino. Historia general de las nuevas cosas de Nueva España. 1975, Editorial Porrúa.

Villalobos, Carlos Alonso, García, Prieto Javier y Ménanteu, Loïc. Las salinas de la bahía de Cádiz durante la antigüedad: visión geoarqueológica de un problema histórico. SAPAL 12, 2003. 317 – 332.

Williams, Eduardo. Producción y comercio de la sal en Michoacán antiguo. Sal y salinas: un gusto ancestral. Castellón Blas (coord.). Diario de Campo, suplemento No. 51, noviembre/diciembre 2008. 41 – 49.



el tlacuache



Matamoros 14, Acapantzingo, Cuernavaca, Morelos

www.morelos.inah.gob.mx

Órgano de difusión de la comunidad de la Delegación INAH Morelos

Consejo Editorial

Eduardo Corona Martínez
Luis Miguel Morayta Mendoza
Giselle Canto Aguilar

Israel Lazcarro Salgado
Raúl Francisco González Quezada
Laura Elena Hinojosa Hinojosa

Coordinación editorial de este número: Israel Lazcarro Salgado